

do el general deseo de verme mejorar de condición, mas procediase injustamente, exigiendo lo que yo no debía, con un rigor que mis censores no se aplicaban á sí mismos, ni siquiera en lo relativo á sus estrictas obligaciones. Condenando mi proceder suprimían la gratitud á que hubieran sido acreedores. El bien que yo puedo de grado realizar es tanto más meritorio, cuanto que no estoy obligado á practicarlo. De mi fortuna puedo disponer con tanta más libertad, cuanto que me pertenece, y lo mismo de mi individuo. Sin embargo, si fuera yo amigo de la jactancia, fácil me sería probar que no les contrariaba tanto el que no fuera aprovechado como el que podía haberlo sido más de lo que realmente lo fui.

Mi alma no dejaba de experimentar, á pesar de todo, por sí misma, sin que nadie la impulsara, fuertes sacudidas; hallaba juicios acertados y abiertos sobre los objetos que la eran conocidos, y reteníalos sin el concurso de nadie. Entiendo, además, que hubiera sido incapaz de rendirse ante la fuerza y la violencia. ¿Incluiré entre mis merecimientos infantiles la firmeza en la mirada, la voz flexible y el adecuado gesto para la representación teatral? De edad bien temprana,

Alter ab undecimo tum me vix ceperat annus ¹.

he desempeñado los primeros papeles en las tragedias latinas de Buchanam, Guerente y Muret, las cuales representábamos solemnemente en nuestro colegio de Guiena. En este pasatiempo, como en las demás atribuciones de su cargo, Andrés Govea, nuestro director, no tuvo rival en toda Francia, y me consideraba como actor sin reproche. No desapruebo tal ejercicio á nuestros jóvenes nobles, y hasta nuestros principes se han dado á él, según yo he visto, imitando en ello á los antiguos: *Aristoni tragico actori rem aperit, huic et genus et fortuna honesta erant; nec ars, quia nihil tale apud Græcos pudori est, ea deformabat*². En Grecia era acción lícita, honrosa y laudable el que las gentes distinguidas adoptaran el oficio de actor. Siempre he tenido por impertinentes á los que censuran tales diversiones, y por injustos á los que impiden la entrada en nuestras ciudades á los comediantes de mérito, privando así al pueblo de legítimos placeres. Las ordenanzas acertadas cuidan de reunir á los ciudadanos, así para las serias prácticas de la devoción como para los juegos y distracciones; con ello van en aumento la amistad y comunicación generales. No podrán concederse al pueblo pasatiem-

1. Apenas contaba yo entonces doce años. VIRGILIO, *Eglog.*, XXIV, 24.

2. Expone su proyecto al actor trágico Aristón. Era éste un hombre distinguido por su cuna y sus riquezas, y el ejercicio de su arte no le privaba de la estima de sus conciudadanos, pues entre los griegos nada tiene de deshonroso. TITO LIVIO, XXIV, 24.

pos más ordenados que aquellos que se verifican ante la presencia de todos, á la vista misma del representante de la autoridad; y hasta encontraría muy puesto en razón que el soberano los gratificase á sus expensas alguna vez para este fin, liberalidad que sería considerada como paternal; parecíame también acertado que en las ciudades populosas haya sitios destinados y dispuestos para el espectáculo teatral; pues entiendo que éste es un remedio excelente contra la comisión de acciones culpables y ocultas.

Y volviendo á mi asunto, diré que para el escolar no hay nada que aventaje ni que sustituya á la excitación permanente del gusto y afecto hacia el estudio; de otra suerte, el discípulo será sólo un asno cargado de libros, si la ciencia se le administra con el látigo. Para que la ciencia sea benéfica no basta ingerirla en la cabeza, precisa asimilársela y hacer de ella cabal adopción.

CAPÍTULO XXVI

LOCURA DE LOS QUE PRETENDEN DISTINGUIR LO VERDADERO DE LO FALSO CON LA APLICACIÓN DE SU EXCLUSIVA CAPACIDAD

Acaso no sin razón achacamos á ignorancia y sencillez la facilidad en el creer y dejarse llevar á la persuasión, pues entiendo haber oído que la creencia es como una impresión que se graba en nuestra alma, y conforme ésta es más blanda y ofrece menos resistencia, es más fácil el que las cosas impriman en ella su sello. *Ut necesse est, lancem in libra, ponderibus impositis, deprimi; sic animum perspicuis cedere*¹. Á medida que el alma está más vacía y más sin contrapeso, tanto más apta se encuentra para acomodarse á la persuasión; y he aquí por qué los niños, el vulgo, las mujeres y los enfermos, están más sujetos á dejarse llevar por patrañas y cuentos. Mas si tal principio es verídico, no deja por ello de ser una presunción torpe la de condenar como falso todo lo que no se nos antoja verosímil, que es vicio en que caen los que se figuran ser dueños de alguna capacidad que sobrepasa los límites de la generalidad. Incurria yo hace tiempo en este error, y cuando oía hablar de los espíritus que vuelven del otro mundo ó del pronóstico de las cosas futuras, relatar encantamientos, brujerías ó cualquiera otra cosa fantástica,

Somnia terrores magicos, miracula, sagas.
Nocturnus lemures, portentaque Thessala ².

1. Como el peso inclina necesariamente la balanza, así la evidencia arrastra nuestro espíritu. CICERÓN, *Acad.*, II, 2, 12.

2. Sueños, mágicas visiones, milagros, brujas, apariciones nocturnas, y otros portentos de la Tesalia. HORACIO, *Epist.*, II, 208.

que yo no acertaba á explicarme, compadecía al paciente pueblo, engañado con tales locuras. Actualmente creo que yo era digno, por lo menos, de igual conmiseración, y no porque de entonces acá haya visto cosas maravillosas que me hayan encaminado á otorgar fe á lo extraordinario, lo cual no ha sido por falta de curiosidad, sino porque la razón me ha enseñado que el condenar así resueltamente una cosa como falsa é imposible, vale tanto como considerar que el hombre tiene guardados en su cabeza los límites á que puede alcanzar la voluntad divina y los del poder de la naturaleza misma; y entiendo que la mayor locura que el humano entendimiento puede albergar es el medirlas conforme á nuestra capacidad é inteligencia. Si llamamos monstruoso ó milagroso á lo que nuestra razón es incapaz de concebir, equivocámonos lastimosamente. ¿Cuántas cosas de tal índole no se ofrecen constantemente á nuestra vista? Consideremos al través de cuántas opacidades, reflexionemos cuán á tientas se nos lleva al conocimiento de la mayor parte de los objetos que tenemos constantemente en nuestro derredor, y veremos que es más la costumbre que la ciencia la que aparta de nuestro espíritu la extrañeza de las mismas:

Jam nemo, fessus saturusque videndi,
Susplicere in cœli dignatur lucida templa¹:

y que si tales conocimientos nos fueran de nuevo presentados, los hallaríamos tanto ó más increíbles que los otros.

Si nunc primum mortalibus adsint
Ex improviso, ceu sint objecta repente,
Nil magis his rebus poterat mirabile dici,
Aut minus ante quod auferent fore credere gentes².

Quien no había visto nunca un río, el primero que se presentó ante sus ojos creyó que fuese el Océano. Las cosas más grandes que conocemos, antójanos las mayores que la naturaleza produzca en su género:

Scilicet et fluvius qui non est maximus, ei 'st
Qui non ante aliquem majorem vidit; et ingens
Arbor, homoque videtur; et omnia de genere omni
Maxima quæ vidit quisque, hæc ingentia fingit³.

Consuetudine oculorum assuescunt animi, neque admittuntur, neque requirunt rationes earum rerum, quas

1. Cansados y hartos de contemplar el espectáculo de los cielos, no nos dignamos ya levantar los ojos hacia esos palacios de luz. LUCRECIO, II, 1037.

2. Si merced á una aparición repentina, estas maravillas impresionaran nuestros ojos por vez primera, ¿á qué podríamos comparartas en la naturaleza? Antes de haberlas visto, nada semejante hubiéramos podido imaginar. LUCRECIO, II, 1021.

3. Un río parece caudaloso á quien no ha visto nunca otro más grande; lo propio acontece con un árbol, con un hombre y con todas las cosas, cuando nada mayor se vió de la misma especie. LUCRECIO, VI, 674.

*semper vident*¹. Incitanos la novedad de los objetos más que su grandeza á investigar la causa de los mismos. Preciso es juzgar reverentemente del poder infinito de la naturaleza, y necesario es también que tengamos conciencia de nuestra debilidad é ignorancia. ¡Cuántas cosas hay poco verosímiles testimoniadas por gentes dignas de crédito! las cuales, si no pueden llevarnos á la persuasión, al menos deben dejarnos en suspenso! El declararlas imposibles es hacerse fuertes por virtud de una presunción temeraria, que vale tanto como la pretensión de conocer hasta dónde llega la posibilidad. Si se comprendiera bien la diferencia que existe entre lo imposible y lo inusitado; entre lo que va contra el orden del curso de la naturaleza y contra la común idea de los hombres, no creyendo temerariamente, ni tampoco negando con igual facilidad, observárase el precepto del justo medio que ordenó el filósofo Quilón.

Cuando se lee en Froissard que el conde de Foix tuvo nuevas en el Bearne de la derrota del rey don Juan de Castilla en la batalla de Aljubarrota al día siguiente de acontecida, y se consideran los medios que el conde alega para el tan presto conocimiento de la noticia, puede uno tomarlos á broma, no sin fundamento; é igualmente lo que cuentan nuestros anales de que el papa Honorio, el mismo día que murió en Mantes Felipe Augusto, hizo que se celebraran exequias públicas y mandó que se celebrasen igualmente en toda Italia, la autoridad de ambos testimonios carece de razones suficientes para ser creídos. ¿Pero qué diremos si Plutarco (sin contar parecidos ejemplos que de la antigüedad relata, y que asegura saber casi á ciencia cierta) nos dice que en tiempo del emperador Domiciano, la nueva de la batalla perdida por Antonio en Alemania, fué publicada en Roma y esparcida por todo el mundo el mismo día que tuvo lugar, y si César afirma que con frecuencia á muchos sucesos precedió el anuncio de los mismos? ¿Habremos nosotros de concluir, en vista de los referidos testimonios, que Plutarco y César dejáronse engañar con el vulgo por carecer de la clarividencia que á nosotros nos adorna? ¿Hay nada más delicado, más preciso, ni más vivo que el criterio de Plinio, cuando le place ponerlo en juego? Nada hay más alejado de la presunción que el juicio de este escritor, — y dejo á un lado la excelencia de su saber, el cual tengo en menos consideración. — ¿En cuál de esas dos calidades le sobrepasamos nosotros? Sin embargo no hay estudiantuelo que no deje de encontrarle en error y que no quiera aleccionarle, apoyándose en el progreso de las ciencias naturales.

Cuando leemos en Bouchet los milagros realizados por

1. Familiarizado nuestro espíritu con los objetos que á diario impresionan nuestra vista, no los admira en modo alguno, ni pretende para nada investigar sus causas. CICERÓN, de Nat. deor., II, 38.

las reliquias de san Hilario, podemos negarlos; el crédito que merece el escritor no es suficiente para alejar de nosotros la licencia de contradecirlo; pero negar redondamente todos los hechos análogos me parece singular descaro. Testifica el gran san Agustín haber visto en Milán que un niño recobró la vista por el contacto de las reliquias de san Gervasio y san Protasio; que una mujer en Cartago fué curada de un cáncer por medio de la señal de la cruz que le hizo otra mujer recientemente bautizada; Hesperio, discípulo san Agustín, expulsó los espíritus que infestaban su casa con una poca tierra del sepulcro de nuestro Señor; y añade que la misma tierra transportada luego á la iglesia, curó repentinamente á un paralítico; una mujer que hallándose en la procesión tocó el relicario de san Esteban con un ramo de flores, se frotó después con ellas los ojos y recobró la vista que había perdido hacia mucho tiempo; y el mismo santo relata otros varios milagros que dice haber presenciado. ¿Qué acusación le lanzaremos, como tampoco á los dos santos obispos Aurelio y Maximino, que presenta en apoyo de sus asertos? ¿Le acusaremos de ignorancia, simplicidad y facilidad en el creer? ¿ó de malicia é impostura? ¿Hay algún hombre en nuestro siglo de presunción tanta, que crea resistir el parangón con aquellos varones, ni en virtud, ni en piedad, ni en saber, como tampoco en juicio ni inteligencia? *qui ut rationem nullam afferrent, ipsa auctoritate me frangerent*¹.

Es la de que hablo osadía peligrosa y que acarrea consecuencias graves, á más de la absurda temeridad que supone el burlarnos de aquello que no concebimos; pues luego que con arreglo á la medida de nuestro entendimiento dejamos establecidos y sentados los límites de la verdad y el error, necesariamente tenemos que creer en cosas en las cuales hay mayor inverosimilitud que en las que hemos desechado por inciertas, y que para proceder con recto criterio debiéramos desechar también. En conclusión, lo que me parece acarrear tanto desorden en nuestras conciencias, en estos trastornos de guerras de religión, es la licencia con que los católicos interpretan los misterios de la fe. Párecelos desempeñar un papel moderador y ejercer oficio de entendidos cuando abandonan á sus adversarios algunos artículos de los que se debaten; mas sobre no ver la ventaja que acompaña al que acomete cuando el acometido se echa atrás y pierde terreno, y cómo esto le anima á seguir el combate, aquellos artículos que nuestros adversarios eligen como menos importantes, suelen á veces ser los más esenciales. Una de dos cosas precisa: ó someterse en absoluto á la autoridad eclesiástica, ó abandonarla por com-

1. Aun cuando no los acompañara ningún viso de razón, persuadiríanme por su exclusiva autoridad. CICERÓN, *Tusc. quest.*, I, 21.

pleto. No reside en nosotros la facultad de establecer en qué la debemos obediencia. Este principio puedo yo sentarlo mejor que ningún otro por haber antaño puesto en práctica cierta libertad en la elección y escogitación particular de lo que ordena nuestra iglesia y tenido por débiles ciertos principios de su observancia, que simulan tener un aspecto más pueril ó extraño; pero habiendo luego comunicado aquellas miras á hombres competentes, he visto que estas cosas tienen un fundamento macizo y muy sólido, y que sólo por simpleza é ignorancia las recibimos con menor reverencia que las demás. ¡Que no recordemos la constante contradicción de nuestro juicio! ¡Cuántas cosas teníamos ayer por artículo de fe que consideramos hoy como fábulas! La curiosidad y la vanagloria son el azote de nuestra alma; la primera nos impulsa á meter las narices por todas partes, y la segunda nos impide dejar nada irresuelto é indeciso.

CAPÍTULO XXVII

DE LA AMISTAD

Considerando el modo de trabajar de un pintor que en mi casa empleo, hanme entrado deseos de seguir sus huellas. Elige el artista el lugar más adecuado de cada pared para pintar un cuadro conforme á todas las reglas de su arte, y alrededor coloca figuras extravagantes y fantásticas, cuyo atractivo consiste sólo en la variedad y rareza. ¿Qué son estos bosquejos que yo aquí trazo, sino figuras caprichosas y cuerpos deformes compuestos de miembros diversos, sin método determinado, sin otro orden ni proporción que el acaso?

*Desinit in piscem mulier formosa superne*¹.

En el segundo punto corro parejas con mi pintor, pero en el otro, que es el principal, reconozco que no le alcanzo, pues mi capacidad no llega, ni se atreve, á emprender un cuadro magnífico, trazado y acabado según los principios del arte. Así que, se me ha ocurrido la idea de tomar uno prestado á Esteban de La Boétie, que honrará el resto de esta obra: es un discurso que su autor tituló *la Servidumbre voluntaria*. Los que desconocen este título le han designado después acertadamente con el nombre de *el Contra uno*. Su autor lo escribió á manera de ensayo, en su primera juventud, en honor de la libertad, contra los tiranos. Corre ya el discurso de mano en mano tiempo ha entre las

1. La parte superior es una mujer hermosa, y el resto el cuerpo de un pez. HORACIO, *Arte poética*, v. 4.

personas cultas, no sin aplauso merecido, pues es agradable y contiene todo cuanto contribuye á realizar un trabajo de su naturaleza. Ciertamente que no puede asegurarse que es lo mejor que su autor hubiera podido componer, pues si más adelante, en el tiempo que yo le conocí, hubiera formado el designio que yo sigo de transcribir sus fantasías, hubiéramos visto singulares cosas que lindarían de cerca con las producciones de la antigüedad, pues á ciencia cierta puedo asegurar que á nadie he conocido que en talento y luces naturales pudiera compararsele. Sólo el discurso citado nos queda de La Boétie, y eso casi de un modo casual, pues entiendo que después de escrito no volvió á hacer mérito de él, dejó también algunas memorias sobre el edicto de 1588, famoso por nuestras guerras civiles, que acaso en otro lugar de este libro encuentren sitio adecuado. Es todo cuanto he podido recobrar de sus reliquias. Con recomendación amorosa dejó dispuesto en su testamento que yo fuera el heredero de sus papeles y biblioteca. Yo le vi morir. Hice que se imprimieran algunos escritos suyos, y respecto al libro de *la Servidumbre*, le tengo tanta más estimación, cuanto que fué la causa de nuestras relaciones, pues mostréme mucho tiempo antes de que yo viese á su autor, y me dió á conocer su nombre, preparando así la amistad que hemos mantenido el tiempo que Dios ha tenido á bien, tan cabal y perfecta, que no es fácil encontrarla semejante en tiempos pasados, ni entre nuestros contemporáneos se ve parecida. Tantas circunstancias precisan para fundar una amistad como la nuestra, que no es peregrino que se vea una sola cada tres siglos.

Parece que nada hay á que la naturaleza nos haya encaminado tanto como al trato social. Aristóteles asegura que los buenos legisladores han cuidado más de la amistad que de la justicia. El último extremo de la perfección en las relaciones que ligan á los humanos, reside en la amistad; por lo general, todas las simpatías que el amor, el interés y la necesidad privada ó pública forjan y sostienen, son tanto menos generosas, tanto menos amistades, cuanto que á ellas se unen otros fines distintos á los de la amistad, considerada en sí misma. Ni las cuatro especies de relación que establecieron los antiguos, y que llamaron natural, social, hospitalaria y amorosa, tienen analogía ó parentesco con la amistad.

Las relaciones que existen entre los hijos y los padres están fundadas en el respeto. Aliméntase la amistad por la comunicación, la cual no puede encontrarse entre hijos y padres por la disparidad que entre ellos existe, y además porque chocaría los deberes que la naturaleza impone; pues ni todos los pensamientos íntimos de los padres pueden comunicarse á los hijos, para no dar lugar á una privanza perjudicial y dañosa, ni los advertimientos y correc-

ciones, que constituyen uno de los primeros deberes de la amistad, podrían tampoco practicarse de los hijos á los padres. Pueblos ha habido, en que, por costumbre, los hijos mataban á los padres, y otros en que los padres mataban á los hijos para salvar así las querellas que pudieran suscitarse entre los unos y los otros. Filósofos ha habido, que han desdeñado la natural afección y unión de padres é hijos; Aristipo entre otros, el cual cuando se le hacía presente el cariño que á los suyos debía por haber salido de él, se ponía á escupir diciendo que su saliva tenía también el mismo origen, y añadía que también engendramos piojos y gusanos. Habla Plutarco de otro á quien deseaban poner en buena armonía con su hermano, que objetó: « No doy importancia mayor al accidente de haber salido del mismo agujero. » El nombre de hermano es en verdad hermoso, é implica un amor tierno y puro, por esta razón nos lo aplicamos La Boétie y yo. Mas entre hermanos naturales la confusión de bienes, los repartimientos y el que la riqueza de uno ocasione la pobreza del otro desliga la soldadura fraternal; teniendo los hermanos que conducir la prosperidad de su fortuna por igual sendero y por modo idéntico, fuerza es que con frecuencia tropiecen. Más aún, la relación y correspondencia que crean las amistades verdaderas y perfectas, ¿qué razón hay para que se encuentren entre los hermanos? El padre y el hijo pueden ser de compleción enteramente opuesta, y lo mismo los hermanos. Es mi hijo, es mi padre, pero es un hombre arisco, malo ó tonto. Además, como son amistades que la ley y obligación natural nos ordenan, nuestra elección no influye para nada en ellas; nuestra libertad es nula y ésta á nada se aplica más que á la afección y á la amistad. Y no quiere decir lo escrito que yo no haya experimentado los goces de la familia en su mayor amplitud, pues mi padre fué el mejor de los padres que jamás haya existido, y el más indulgente hasta en su extrema vejez; y mi familia fué famosa de padres á hijos, y siempre ejemplar en punto á concordia fraternal:

Et ipse
Notos in fratres animi paterni 1.

La afección hacia las mujeres, aunque nazca de nuestra elección, tampoco puede equipararse á la amistad. Su fuego, lo confieso,

Neque enim est dea nescia nostri,
Quæ dulcem curis miscet amaritiam 2.

es más activo, más fuerte y más rudo, pero es un fuego temerario, inseguro, ondulante y vario; fuego febril, su-

1. Conocido yo mismo por mi afección paternal hacia mis hermanos. HORACIO, *Od.*, II, 2, 6.

2. No soy desconocido á la diosa que mezcla una dulce amargura con las penas del amor. CATULO, LXVIII, 17.

jeto á accesos é intermitencias y que no se apodera de nosotros más que por un lado. En la amistad, por el contrario, el calor es general, igualmente distribuido por todas partes, atemperado; un calor constante y tranquilo, todo dulzura y sin asperezas, que nada tiene de violento ni de punzante. Más aún, el amor no es más que el deseo furioso de algo que huye de nosotros:

Come segue la lepre il cacciatore
Al freddo, al caldo, alla montagna, al lito;
Nè più l'estima poi che presa vede;
E sòl dietro a chi fugge affretta il piede 1:

luego que se convierte en amistad, es decir, en el acuerdo de ambas voluntades, se borra y languidece; el goce ocasiona su ruina, como que su fin es corporal y se encuentra sujeto á saciedad. La amistad, por el contrario, más se disfruta á medida que más se desea; no se alimenta ni crece sino á medida que se disfruta, como cosa espiritual que es, y el alma adquiere en ella mayor finura practicándola. He preferido antaño otras fútiles afecciones á la amistad perfecta, y también La Boétie rindió culto al amor; sus versos lo declaran demasiado. Así es que las dos pasiones han habitado en mi alma, y he tenido ocasión de conocer de cerca una y otra; jamás las he equiparado, y actualmente considero que en mi espíritu la amistad mira de un modo desdeñoso y altivo al amor y le coloca bien lejos y muchos grados por bajo.

En cuanto al matrimonio, sobre ser un mercado en el cual sólo la entrada es libre, si consideramos que su duración es obligatoria y forzada, y dependiente de circunstancias ajenas á nuestra voluntad, ordinariamente obedece á fines bastardos; acontecen en él multitud de accidentes que los esposos tienen que resolver, los cuales bastan á romper el hilo de la afeción y á alterar el curso de la misma, mientras que en la amistad no hay cosa que la ponga trabas por ser su fin ella misma. Añádase que, á decir verdad, la inteligencia ordinaria de las mujeres no alcanza á que puedan compartirse los goces de la amistad; ni el alma de ellas es bastante firme para sostener la resistencia de un nudo tan apreado y duradero. Si así no aconteciera, si pudiera fundamentarse y establecerse una asociación voluntaria y libre, de la cual no sólo las almas participaran sino también los cuerpos, en que todo nuestro ser estuviera sumergido, la amistad sería más cabal y más viva. Pero no hay ejemplo de que el sexo débil haya dado pruebas de semejante, afeción, y los antiguos filósofos de claran á la mujer incapaz de profesarla.

1. Así en medio de los frios y los calores el cazador va en seguimiento de la liebre, al través de montañas y valles; mientras le escapa desea darla alcance, y cuando la coge ya no hace caso de ella. ARISTO, canto X, estanc. 7.

En el amor griego, justamente condenado y aborrecido por nuestras costumbres, la diferencia de edad y oficios de los amantes tampoco se aproximaba á la perfecta unión de que vengo hablando: *Quis est enim iste amor amicitiae? Cur neque deformem adolescentem quisquam amat, neque formosum senem*¹? La Academia misma no desmentirá mi aserto, si digo que el furor primero inspirado por el hijo de Venus al corazón del amante, siendo causado por la tierna juventud, al cual eran licitos todas las insolencias apasionadas, todos los esfuerzos que pueden producir un ardor inmoderado, estaba siempre fundamentado en la belleza exterior, imagen falsa de la generación corporal. La afeción no podía fundamentarse en el espíritu, del cual estaba todavía oculta la apariencia, antes de la edad en que su germinación principia. Si el furor de que hablo se apoderaba de un alma grosera, los medios que ésta ponía en práctica para el logro de su fin eran las riquezas, los presentes, los favores, la concesión de dignidades y otras bajas mercancías, que los filósofos reprueban. Si la pasión dominaba á un alma generosa, los medios que ésta empleaba eran generosos también; consistían entonces en discursos filosóficos, enseñanzas que tendían al respeto de la religión, á prestar obediencia á las leyes, á sacrificar la vida por el bien de su país, en una palabra, ejemplos todos de valor, prudencia y justicia. El amante procuraba imponer la gracia y belleza de su alma, acabada ya la de su cuerpo, esperando así fijar la comunicación moral, más firme y duradera. Cuando este fin llegaba á sazón, pues lo que no exigían del amante en lo relativo á que aportase discreción en su empresa, exigíanlo en el amado, porque este necesitaba juzgar de una belleza interna de difícil conocimiento y descubrimiento abstruso, entonces nacia en el amado el deseo de una concepción espiritual por el intermedio de una belleza espiritual también. Esta era la principal; la corporal era accident y secundaria, al contrario del amante. Por esta causa prefieren al amado, alegando como razón que los dioses le dan también la primacia, y censuran mucho al poeta Esquilo por haber en los amores de Aquiles y Patroclo, hecho el amante del primero, el cual se encontraba en el primivo verdor de su adolescencia, el más hermoso para los griegos. Después de esta comunidad general la parte principal de la misma, que predominaba y ejercía en sus oficios, dicen que producía utilísimos frutos en privado y en público; que era la fuerza del país lo que acogía bien el uso y la principal defensa de la equidad y de la libertad, como lo prueban los salubres amores de Harmodio y Aristogitón. Por eso la llamaban sagrada y divina, y

1. ¿En qué consiste ese amor amistoso? ¿Cómo no busca su objeto en un oven sin belleza ni tampoco en un viejo guapo? CICERÓN, *Tusc. quest.*, V, 34.

según ellos, sólo la violencia de los tiranos y la cobardía de los pueblos tenía como enemig. En suma, todo cuanto puede concederse en honor de la Academia, es asegurar que era el suyo un amor que acababa en amistad, idea que no se aviene mal con la definición estoica del amor: *Amorem conatum esse amicitiae faciendae ex pulchritudinis specie*¹.

Y vuelvo á mi descripción de una amistad más justa y mejor compartida. *Omnino amicitiae, corroboratis jam confirmatisque et ingeniis, et aetatibus, judicandae sunt*². Lo que ordinariamente llamamos amigos y amistad no son más que uniones y familiaridades trabadas merced á algún interés, ó merced al acaso por medio de los cuales nuestras almas se relacionan entre sí. En la amistad de que yo hablo, las almas se enlazan y confunden una con otra por modo tan íntimo, que se borra y no hay medio de reconocer la trama que las une. Si se me obligara á decir por qué yo quería á La Boétie, reconozco que no podría contestar más que respondiendo: porque era él y porque era yo. Existe más allá de mi raciocinio y de lo que particularmente puedo declarar, yo no sé qué fuerza inexplicable y fatal, mediadora de esta unión. Antes de que nos hubiéramos visto, nos buscábamos ya, y lo que oíamos decir el uno del otro, producía en nuestras almas mucha mayor impresión de la que se advierte en las amistades ordinarias; diríase que nuestra unión fué un decreto de la Providencia. Nos abrazábamos por nuestros nombres, y en nuestra entrevista primera, que tuvo lugar casualmente en una gran fiesta de una ciudad, nos encontramos tan prendados, tan conocidos, tan obligados el uno del otro, que nada desde entonces nos tocó tan de cerca como nuestras personas. Escribió él una excelente sátira latina, que se ha impreso, en la cual explica la precipitación de una amistad que llegó con tal rapidez á ser perfecta. Habiendo de durar tan poco tiempo su vida y habiendo comenzado tan tarde nuestras relaciones (pues ambos éramos ya hombres hechos, él me llevaba algunos años), no tenían tiempo que perder, ni necesitaban tampoco acomodarse al patrón de las amistades frías y ordinarias, en las cuales precisan tantas precauciones de dilatada y preliminar conversación. En la amistad nuestra no había otro fin extraño que le fuera ajeno, con nada se relacionaba que no fuera con ella misma; no obedeció á tal ó cual consideración, ni á dos ni á tres ni á cuatro ni á mil; fué no se qué quinta esencia de todo reunido, la cual habiendo arrollado toda mi voluntad condújola á sumergirse y á abismarse en la suya con

1. El amor es el deseo de alcanzar la amistad de una persona que nos atrae por su belleza. CICERÓN, *Tusc. quest.*, IV, 34.

2. La amistad no puede ser sólida sino en la madurez de la edad y en la del espíritu. CICERÓN de *Amicit.*, c. 20.

una espontaneidad y un ardor igual en ambas. Nuestros espíritus se compenetraron uno en otro; nada nos reservamos que nos fuera peculiar, ni que fuese suyo ó mío.

Cuando Lelio, en presencia de los cónsules romanos, quienes después de la condenación de Tiberio Graco persiguieron á todos los que habían pertenecido al partido de éste, preguntó á Cayo Blossio (que era el principal de sus amigos) qué hubiera sido capaz de hacer por él, Blossio respondió: «Lo hubiera hecho todo. — ¿Cómo todo? siguió Lelio; ¿pues qué, hubieras cumplido su voluntad si te hubiera mandado poner fuego á nuestros templos? — Jamás me hubiera ordenado tal cosa, repuso Blossio — ¿Pero y si lo hubiera hecho? añadió Lelio. — Le hubiera obedecido», respondió. Si era tan perfecto amigo de Graco, como la historia cuenta, no tenía por qué asustar á los cónsules haciéndoles la última atrevida confesión, y no podía separarse de la seguridad que tenía en el designio de Tiberio Graco. Los que acusan de sediciosa esta respuesta no penetran su misterio, y no presuponen, como en realidad debía acontecer, que Blossio era soberano de la voluntad de Graco, por poder y por conocimiento: ambos eran más amigos que ciudadanos; más amigos que enemigos ó amigos de su país, y que amigos en la ambición ó el desorden: confiando profundamente el uno en el otro, eran dueños perfectos de sus respectivas inclinaciones, que dirigían y guiaban por la razón mutua; y como sin esto es completamente imposible que las amistades vivan, la respuesta de Blossio fué tal cual debió ser. Si los actos de ambos hubieran discrepado, no eran amigos, según mi criterio, ni el uno del otro, ni en sí mismos. Por lo demás, tal respuesta no difiere de la que yo daría á quien me preguntase: «Si vuestra voluntad os ordenara dar muerte á vuestra hija, ¿la mataríais?» y que yo contestara afirmativamente, nada prueba de mi consentimiento á realizar tal acto, porque yo no puedo dudar de mi voluntad, como tampoco de la de un amigo como La Boétie. Ni en todos los razonamientos del mundo reside el poder de desposeerme de la certeza en que estoy de las intenciones y alcance de mi juicio: ninguna de sus acciones podría mostrármese, sea cual fuere el cariz que tuviera, de la cual yo no encontrara en seguida la causa. Tan unidas marcharon nuestras almas, con cariño tan ardiente se amaron y con afección tan intensa se descubrieron hasta lo más hondo de las entrañas, que no sólo conocía yo su alma como la mía, sino que mejor hubiera fiado en él que en mí mismo.

Que no se incluyan en este rango esas otras amistades corrientes; yo he mantenido tantas como cualquiera otro, y de las más perfectas en su género, pero no aconsejo que se confundan, pues se padecería un error lamentable. Es preciso proceder en estas uniones con prudencia y precaución; el enlace no está anudado de manera que no haya

nada que desconfiar. « Amadle, decía Quilón, como si algún día tuvierais que aborrecerle; odiadle como si algún día tuvierais que amarle. » Este precepto, que es tan abominable en la amistad primera de que hablo, es saludable en las ordinarias y corrientes, á propósito de las cuales puede emplearse una frase familiar á Aristóteles: « ¡Oh amigos míos, no hay ningún amigo! » En aquel noble comercio los servicios que se hacen ó reciben, sostenes de las otras relaciones, no merecen siquiera ser tomados en consideración; la entera compenetración de nuestras voluntades es suficiente, pues del propio modo que la amistad que yo profeso no aumenta por los beneficios que hago en caso de necesidad, digan lo que quieran los estoicos, y como yo no considero como mérito el servicio proporcionado, la unión de tales amistades siendo verdaderamente perfecta hace que se pierda el sentimiento de semejantes deberes, al par que alejar y odiar entre ellas esas palabras de división y diferencia, acción buena, obligación, reconocimiento, ruego, agradecimiento y otras análogas. Siendo todo común entre los amigos: voluntades, pensamientos, juicios, bienes, mujeres, hijos, honor y vida; no siendo su voluntad sino una sola alma en dos distintos cuerpos, según la definición exacta de Aristóteles, nada pueden prestarse ni nada tampoco darse. He aquí la razón de que los legisladores, para honrar el matrimonio con alguna semejanza imaginaria de ese divino enlace, prohiban las donaciones entre marido y mujer, concluyendo por esta prohibición que todo pertenece á cada uno de ellos, y que nada tienen que dividir ni que repartir.

Si en la amistad de que hablo el uno pudiera dar alguna cosa al otro, el que recibiera el beneficio sería el que obligaría al compañero, pues buscando uno y otro, antes que todo, prestarse mutuos servicios, aquel que facilita la ocasión es el que practica mayor liberalidad, proporcionando á su amigo el contentamiento de realizar lo que más desea. Cuando el filósofo Diógenes tenía necesidad de dinero, decía que lo reclamaba, no que lo pedía. Y para probar cómo esto se practica en realidad, traeré á colación un singular ejemplo antiguo. Eudomidas, corintio, tenía dos amigos: Carixeno, eioniano, y Areteo, también corintio. Cuando murió, como estaba pobre y sus dos amigos eran ricos, hizo así su testamento: « Lego á Areteo el cuidado de alimentar á mi madre y de sostenerla en su vejez; á Carixeno le encomiendo el casamiento de mi hija, y además que la dote lo mejor que pueda. En el caso de que uno de los dos venga á morir, encomiendo su parte al que sobreviva. » Los que vieron primero este testamento se burlaron, pero advertidos los herederos de su alcance lo aceptaron con singular contentamiento. Habiendo muerto cinco días después Carixeno, Areteo mantuvo largamente á la madre; y de su fortuna, que consistía en cinco talentos, entregó dos

y medio á su hija única, y otros dos y medio á la hija de Eudomidas. Las dos bodas se efectuaron el mismo día. Este ejemplo es bien concluyente, y sería practicado si no hubiera tantos amigos en el mundo. La perfecta amistad es indivisible: cada uno se entrega tan por completo á su amigo, que nada le queda para distribuir á los demás; al contrario, le entristece la idea de no ser doble, triple ó cuádruple; de no ser dueño de varias almas y varias voluntades para confiarlas todas á una misma amistad. Las amistades comunes pueden dividirse; puede estimarse en unos la belleza, en otros el agradable trato, en otros la liberalidad, la paternidad, la fraternidad, y así sucesivamente; mas la amistad que posee el alma y la gobierna como soberana absoluta, es imposible que sea doble. Si dos amigos pidieran ser socorridos al mismo tiempo, ¿á cuál acudiríais primero? Si solicitaran opuestos servicios, ¿qué orden emplearíais en tal apuro? Si uno confiara á vuestro silencio lo que al otro fuera conveniente saber, ¿qué partido tomaríais? La principal y única amistad rompe toda otra obligación; el secreto que juro no descubrir á otro, puedo sin incurrir en falta comunicarlo á otro, es decir, á mi amigo. Es un milagro grande el duplicarse y no lo conocen bastante los que hablan de triplicarse. Nada es tan raro como poseer su semejante; quien crea que de dos personas estimo á la una lo mismo que á la otra, ó que dos hombres se quieran y me estimen tanto como yo los estimo, convierten en varias unidades la cosa más única é indivisible; una sola es la cosa más rara de encontrar en el mundo. El resto de aquella historia se acomoda bien con lo que yo decía, pues Eudomidas considera como un favor que proporciona á sus amigos el emplearlos en su servicio, dejándolos como herederos de su liberalidad, que consiste en procurarles el medio de favorecerle; y sin duda la fuerza de la amistad se muestra con mayor esplendor en este caso que en el de Areteo. En conclusión: son éstos efectos que no puede imaginar el que no los ha experimentado, y que me hacen honrar sobremanera la respuesta que dió á Ciro un soldado joven, á quien el monarca preguntó qué precio quería por un caballo con el cual había ganado el premio de la carrera, añadiendo si lo cambiaria por un reino: « No en verdad, señor; pero lo daría de buen grado por adquirir un amigo, si yo encontrara un hombre digno de tal alianza. » No decía mal « si yo encontrara », pues se tropieza fácilmente con hombres propios para mantener una amistad superficial; pero en la otra, en que nada se reserva ni nada se exceptúa, en que se obra con abandono completo, hay necesidad de que todos los resortes sean perfectamente nítidos y seguros.

En las relaciones que nos procuran algún auxilio ó servicio no hay para qué preocuparse de las imperfecciones

que particularmente no se relacionan con el motivo de las mismas. Nada me importa la religión que profesen mi médico ni mi abogado; tal consideración nada tiene que ver con los oficios de la amistad que me deben; en las relaciones domésticas que sostengo con los criados que me sirven, sigo la misma conducta. Me informo poco de si mi lacayo es casto; más me interesa saber si es diligente: no temo tanto á un mulatero jugador, como á otro que sea imbécil, ni á un cocinero blasfemo, como á otro ignorante de las salsas. No me mezclo para nada en dar instrucciones al mundo de lo que es preciso hacer, otros lo hacen de sobra; sólo hablo de lo que conmigo se relaciona.

Mihi sic usus est: tibi, ut opus est factu, face ¹.

Á la familiaridad de la mesa asocio lo agradable, no lo prudente; en el lecho antepongo la belleza á la bondad; cuando estoy en sociedad prefiero el lenguaje amable y el bien decir, al saber y aún á la probidad, y así por el estilo en todas las demás cosas. De la propia suerte que el que fué sorprendido cabalgando sobre un bastón, jugando con sus hijos, rogó á la persona que le vió que no se lo contara á nadie hasta que él fuese padre, estimando que la pasión que entonces nacería en su alma le haría juez equitativo de tal acción, así yo quisiera hablar á personas que hubiesen experimentado lo que digo; pero conociendo cuán rara cosa es y cuán apartada de lo ordinario una amistad tan sublime, no espero encontrar ningún buen juez. Los mismos discursos que la antigüedad nos dejó sobre este asunto me parecen débiles al lado del sentimiento que yo guardo; y los efectos de éste sobrepasan á los preceptos mismos de la filosofía.

Nil ego contulerim jucundo sanus amico ².

El viejo Menandro llamaba dichoso al que había podido siquiera encontrar solamente la sombra de un amigo; razón tenía para decirlo, hasta en el caso en que hubiera encontrado alguno. Si comparo todo el resto de mi vida— aunque ayudado de la gracia de Dios la haya pasado dulce, gustosa y, salvo la pérdida de tal amigo, exenta de aflicciones graves, llena de tranquilidad de espíritu, habiendo disfrutado ventajas y facilidades naturales que desde mi cuna gocé, sin buscar otras ajenas, — si comparo, digo, toda mi vida con los cuatro años que me fué dado disfrutar de la dulce compañía y sociedad de La Boétie, el otro tiempo de mi existencia no es más que humo, y noche pesada y tenebrosa. Desde el día en que le perdí,

1. Tal es mi procedimiento; seguid vosotros el vuestro. TERENCIO, *Heautont*, act. 1, esc. 1, v. 28.

2. Mientras la razón no me abandone, nada encontraré comparable á un amigo cariñoso. HORACIO, *Sat.*, 1, 5, 44.

Quem semper acerbum,
Semper honoratum (sic, Di, voluistis!) habebo ¹,

no hago más que arrastrarme lánguidamente; los placeres mismos que se me ofrecen, en lugar de consolarme, redoblan el sentimiento de su pérdida; como lo compartíamos todo, me parece que yo le robo la parte que le correspondía.

Nec fas esse ulla me voluptate hic frui
Decrevi, tantisper dum ille abest meus particeps ².

Me encontraba yo tan hecho, tan acostumbrado á ser el segundo en todas partes, que se me figura no ser ahora más que la mitad.

Illam meam si partem animae tulit
Maturior vis. quid moror altera?
Nec carus æque, nec superstes
Integer. Ille dies utramque
Duxit ruinam ³...

No ejecuto ninguna acción ni pasa por mi mente ninguna idea sin que le eche de menos, como hubiera hecho él si yo le hubiese precedido, pues así como me sobrepasaba infinitamente en todo saber y virtud, así me sobrepujaba también en los deberes de la amistad.

Quis desiderio sit pudor, aut modus
Tam cari capitis? ⁴

O misero frater adempto mihi!
Omnia tecum una perierunt gaudia nostra,
Quæ tuus in vita dulcis alebat amor.
Tu mea, tu moriens fregisti commoda, frater;
Tecum una tota est nostra sepulta anima
Cujus ego interitu tota de mente fugavi
Hæc studia, atque omnes delicias animi.
Alloquar? audierò nunquam tua verba loquentem?
Nunquam ego te, vita frater amabilior,
Adspiciam posthac? At certe semper amabo ⁵.

Pero oigamos hablar un poco á este joven cuando tenía dieciséis años.

1. ¡Día fatal que debo llorar, que debo honrar toda mi vida, puesto que tal ha sido, oh dioses inmortales, vuestra suprema voluntad! VIRGILIO, *Eneida*, V, 49.

2. Y yo creo que ningún placer debe serme lícito ahora que ya no existe aquel con quien todo lo compartía. TERENCIO, *Heautont*, act. 1, esc. 1, v. 97.

3. Puesto que un destino cruel me ha robado prematuramente esta dulce mitad de mi alma, ¿qué hacer de la otra mitad separada de la que para mí era mucho más cara? El mismo día nos hizo desgraciados á los dos. HORACIO, *Od.*, II, 17, 5.

4. Antes me avergüence de mí mismo, que deje de verter lágrimas por un amigo tan entrañable. HORACIO, 1, 24, 1.

5. ¡Oh hermano mío, qué desgracia para mí la de haberte perdido! Tu muerte acabó con todos nuestros placeres. ¡Contigo se dispó toda la dicha que me procuraba tu dulce amistad; contigo toda mi alma está enterrada! ¡Desde que tú no existes he abandonado las musas y todo lo que formaba el encanto de mi vida!... ¿No podré ya hablarte ni oír el timbre de tu voz? ¡Oh, tú que para mí eras más caro que la vida misma! ¡oh, hermano mío, ¿No podré ya verte más? ¡Al menos me quedará el consuelo de amarte toda mi vida! CATULO, LXVIII, 20, LXV, 9.

Porque veo que este libro ha sido publicado con malas miras por los que procuran trastornar y cambiar el estado de nuestro régimen político, sin cuidarse para nada de si sus reformas serán útiles, los cuales han mezclado la obra de La Boétie á otros escritos de su propia cosecha personal, renunció á intercalarla en este libro. Y para que la memoria del autor no sufra crítica de ningún género de parte de los que no pudieron conocer de cerca sus acciones é ideas, yo les advierto que el asunto de su libro fué desarrollado por él en su infancia y solamente á manera de ejercicio, como asunto vulgar y ya tratado en mil pasajes de muchos libros. Yo no dudo que creyera lo que escribió, pues ni en broma era capaz de mentir; me consta también que si en su mano hubiera estado elegir, mejor hubiera nacido en Venecia que en Sarlac, y con razón. Pero tenía otra máxima soberanamente impresa en su alma: la de obedecer y someterse religiosísimamente á las leyes bajo las cuales había nacido. Jamás hubo mejor ciudadano, ni que más amara el reposo de su país, ni más enemigo de agitaciones y novedades; mejor hubiera querido emplear su saber en extinguirlas que en procurar los medios de excitarlas más de lo que ya lo están: su espíritu se había moldeado conforme al patrón de otros tiempos diferentes de los actuales. En lugar de esa obra sería publicaré otra ¹ que igualmente escribió en la misma época de su vida, y que es más lozana y alegre.

CAPÍTULO XXVIII

VEINTINUEVE SONETOS DE ESTEBAN DE LA BOETIE

Á LA SEÑORA DE GRAMMONT, CONDESA DE GUISSEN ²

Nada mío os ofrezco, señora, ya porque todo lo que me pertenece es vuestro de antemano, bien porque nada encuentro en mí que sea digno de vos; pero he querido que estos versos, en cualquier lugar que se vieran, llevasen vuestro nombre al frente por el honor que recibirán al tener por guía á la gran Corisanda de Andouins. Me ha parecido que este presente os pertenecía, tanto más, cuanto que hay pocas damas en Francia que sean mejores jueces que vos en materia de poesía, y además porque nada hay que pudiera servir de mejor galardón á estas estrofas que las ricas y hermosas prendas con que en medio de otras bellezas la naturaleza os ha dotado. Estos versos merecen, señora, ca-

1. Los veintinueve sonetos de La Boétie, del capítulo siguiente.

2. Diana, vizcondesa de Louvigni, llamada *la hermosa Corisanda* de Andouins. En 1567 casó con Filiberto, conde de Grammont y de Guiche, muerto en el cerco de La Fère en 1580.

riño grande de vuestra parte; pues, yo creo que mi parecer será también el vuestro, yo creo que nunca salieron de Gascona otros que en invención ni en gentileza los aventajen, ni que den testimonio de haber sido escritos por una mano más espléndida. Y no os dé cuidado de que no os dedique más que el resto de lo que tiempo ha hice imprimir bajo el nombre del conde de Foix, vuestro buen pariente; pues estos de ahora tienen no sé qué de más vivo é hirviente, como compuestos que fueron en su primera juventud, cuando estaba inspirado por el hermoso y noble ardor de que algún día, señora, os hablaré al oído. Los otros fueron compuestos después, cuando se encontraba en vías de casarse, en loor de su mujer, y en ellos se advierte ya cierta frialdad marital. Yo soy de los que entienden que la poesía nunca es más fresca ni agradable que cuando trata un asunto libre y juguetón ¹.

CAPÍTULO XXIX

DE LA MODERACIÓN

Cual si nuestro contacto fuera infeccioso, corrompemos, al manejarlas, las cosas que por si mismas son hermosas y buenas. Podemos practicar la virtud, haciéndola viciosa, de abrazarla con un deseo en que predomine la violencia excesiva. Los que afirman que en la virtud no puede haber exceso, puesto que, dicen, ya no es virtud si hay exceso, déjanse engañar por las palabras, y toman como principio evidente una sutileza de la filosofía:

Insani sapiens nomen ferat, æquus iniqui,
Ultra quam satis est, virtutem si petat ipsam ².

Puede amarse demasiado la virtud y trasponer los límites de la misma en la comisión de un acto justo. Tal es también el principio de la Sagrada Escritura: « No seáis más prudentes de lo necesario, mas sed prudentes con sobriedad. » Tal gran personaje he visto que perjudicó al buen

1. Los veintinueve sonetos de Esteban de la Boétie seguían á esta dedicación. Fueron publicados en la primera edición de los *Ensayos*, que apareció en Burdeos en 1580; en la de Juan Richer, París, 1587, y en la de Abel l'Angelier, en 4.º, París, 1588.

Estos versos son á manera de elegías amorosas, en las que se ve que su autor ha querido imitar á Petrarca.

Habiéndolos hecho imprimir Montaigne en las obras de su amigo, él mismo usó que no debían aparecer ya en los *Ensayos*, y con su propia mano los suprimió en el ejemplar que había de servir para la nueva edición que preparaba, escribiendo al margen: *estos versos se verán en otra parte*. Coste y otros editores, sin embargo, creyeron deber conservarlos, sin que tuvieran mucha razón para ello. M. Najeon escribió de los sonetos del amigo de Montaigne: « que no merecían ser reimprimados, porque tampoco merecían ser leídos. » (A. D.)

2. El sabio no es ya sabio, y el justo no es ya justo, si el amor que á la virtud profesa es exagerado. HORACIO, *Epist.*, I, 6, 15.